

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

## María, patrona de los moribundos.

Ora pro nobis peccatoribus. in hora mortis nostrae. (De la salutacion angélica.)

Ruega por nosotros pecadores en la hora de nuestra muerte.

Vengo á poner en relieve la proteccion que María Santísima auxilio de los cristianos y consuelo de los afligidos, dispensa á sus devotos en la hora de la muerte,

Para que comprendais el origen, la extension y eficacia de este amoroso patronato, venid conmigo á la cumbre del Calvario, y contemplad lo que allí pasa con piadoso recogimiento.

El cielo de Jerusalem está oscuro; el sol ha cubierto su disco con saco ceniciento; la luna y las estrellas niegan su luz; la tierra tiembla; las piedras se hacen pedazos, y toda la naturaleza sufre conmociones horribles. En la cima del Calvario se alza una Cruz, patíbulo del esclavo, y en esa Cruz se extiende cu-

bierto de sangre y de heridas el cuerpo de un hombre cuyo crimen ha sido predicar la verdad y la caridad á los hombres, ofrecer un reino celeste á la virtud, amenazar con un infierno al vicio, fortalecer á los que padecen, consolar á los que lloran, y sembrar de beneficios los caminos de la vida. Pilatos, confesó la inocencia del presunto reo, pero cobarde y egoista lo condenó á muerte, y para escarnio lo coronó de espinas; los verdugos desgarraron sus carnes con azotes, taladraron sus piés y manos con clavos, y abrieron su costado con el hierro de una lanza, y los soldados amargaron su agonía con hiel, y los que pasaban, movian la cabeza, y le decian que hiciera el milagro de arrancarse de su suplicio y creerian en él.

Debajo de la Cruz está de pié una mujer, pálida, pero animosa, triste pero resignada, llena de amargura, pero tambien de valor heróico. Es María, la Madre de la victima que es Jesús, el hijo de sus entrañas. Y Jesús está en la agonía, pero antes de espirar, inclina la cabeza

sobre su Madre que está abrazada á la Cruz, con los ojos clavados en el hijo de su corazón. Jesús ha espirado, y al inclinar su cabeza, encomienda á su Madre las almas de los redimidos y la constituye patrona de los moribundos. Si María que con ánimo varonil asistió á su Hijo clavado en la Cruz, y no le abandonó hasta dejarle en el sepulcro, recibió el encargo de asistir á nuestra agonía, y de protegernos en aquella hora solemne que ha de ser la última del tiempo y la primera de la eternidad.

Veamos, hermanos míos, como egerce María su divina misión en favor de los moribundos, y cómo nos haremos dignos de su protección en la hora de la muerte.

Para entender bien un asunto de tanta importancia, y sacar mucho fruto de las consideraciones que voy á ofrecer á vuestra piadosa meditación, ayúdame con vuestras oraciones á impetrar del Señor los auxilios de su gracia, por mediación de María, y al efecto saludémosla con las palabras del Ángel, Ave María.

Ora pro nobis peccatoribus..  
in hora mortis nostræ. (De la  
salutación angélica.)

Cuenta el devotísimo Blosio que oraba un día ante la imagen de la Virgen con extraordinario fervor, y como pidiese á la Señora su protección y amparo en todos los peligros y especialmente para la última hora de su vida, mereció oír esta consoladora respuesta: «Yo como madre piadosísima no dejaré de asistir, proteger y consolar á mis devotos en la

hora de su muerte. Promesas son estas que se convertirán en dichas realidades si durante la vida servimos á María con verdadera devoción. Tendremos, pues, en aquella hora solemne *la asistencia, la protección y el consuelo* de nuestra Madre.

Si bien lo miramos, tres son los actores que intervienen en la tragedia de la muerte: el moribundo, el demonio y Dios; y tres son por consiguiente las circunstancias que hacen terrible y pavorosa la hora de la muerte: las angustias de la conciencia, los ataques del demonio, y los juicios de Dios. Un filósofo ha dicho que no hay cosa más terrible que la muerte; y el sábio, acordándose de su última hora, considerando las angustias y terrores de los moribundos, apostrofa á la muerte diciendo: ¡Oh muerte! ¡cuán amarga es tu memoria! Bueno es pensar en la muerte. Figúrese cada uno de vosotros que ha llegado su última hora. No penseis en los que rodean vuestro lecho. Teneis que oír primero la voz de la conciencia que no calla. ¿Puede haber cosa más amarga que considerar lo pasado? Vendrán como en tropel á la memoria todos los pecados cometidos durante la vida, hasta los deseos y pensamientos culpables, lo malo que hicimos y lo bueno que dejamos de hacer, tanta vanidad, tanta soberbia, tanto apego á las cosas de la tierra, y tanto abandono para las cosas del cielo, tanto amor al mundo y tanto desprecio de Dios, tanta solicitud por la vida del cuerpo y tanta indiferencia hácia el destino del alma. ¡Qué amargo será este pensamiento en la hora de la muerte! Y luego se ofrecerá á la con-

sideracion lo presente, á saber; la casa, la familia, los bienes, los amigos, los goces del mundo, y viendo que es preciso dejarlo todo, que se acerca la hora de partir, y de partir á la eternidad viendo que es necesario partir solo, sin otra compañía que la conciencia angustiada, sin llevar otra cosa que las obras buenas ó malas, ¿quién no sentirá horror y estremecimiento en aquella hora de tribulacion y de angustia? Yo leo en la historia eclesiástica que San Arsenio, austerísimo ermitaño, al morir, sentía tanto pavor que temblaba todo su cuerpo. Preguntáronle por qué temía, habiendo pasado su vida en el yermo, y servido al Señor con todo género de abnegaciones y penitencias. El Santo respondió que siempre había tenido este temor, y que todos debían esperar con temor y temblor la hora de la muerte. San Hugo, religioso cartujo, modelo de santidad, habiendo llegado la hora de su muerte, lloraba inconsolable. ¿Sabeis por qué lloro? decia, porque temo caer en el infierno del cual no me libraré por mis méritos, sino por la bondad y misericordia de Dios. San Bernardo, Abad de Claraval, era un prodigio de austeridad, y no obstante solia decirse temblando: alma mía, ¿qué harás al salir de esta vida? ¿Quién te acompañará en el camino? ¿Quién te defenderá contra tantos enemigos? Y yo digo: si estos hombres tiemblan en la hora de la muerte, ¿qué haremos nosotros? ¿Quién nos dará aliento en esa hora de angustia y de terror? ¡Oh! Qué dulce será volver los ojos á María, y decirle con los lábios ó con el corazon: Tú eres mi esperanza.

A tí clamo, Madre mia, tú eres mi refugio. *Clamavi ad te, Domina, dixi, tu spes mea es.* Sí, sí; en aquella hora formidable tendremos á María, velando á la cabeceira de nuestro lecho. Invocaremos su santo nombre, besaremos su imagen bendita, pediremos con fé su asistencia, y no nos faltará su amorosa proteccion.

Otra de las circunstancias que hacen terrible y pavorosa la hora de la muerte, es la presencia del demonio. Es nuestro implacable enemigo; su oficio es perdernos; leon rugiente nos cerca durante la vida, para devorarnos, y en la hora de la muerte, penetra en nuestra morada, rodea nuestro lecho, multiplica sus armas, redobla sus ataques, y pone en juego todos sus malignos artificios para impedir nuestra salvacion. *Desciende á vosotros el diablo*, dice el vate apocalíptico, *con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo* (1). Pereceriamos sin remedio, víctimas de este rabioso enemigo, si nouviésemos á nuestro favor la proteccion de María. Ella será el escudo de nuestra flaqueza, la abogada de nuestra causa, la protectora de nuestra vida. Es imposible que el demonio nos venza en aquella hora de las supremas batallas, si llamamos en nuestro auxilio á la Virgen que le despojará de todas sus armas, le arrojará de nuestro dormitorio, y le hundirá en los abismos.

La otra de las circunstancias que concurren á hacer peligrosa y formidable la hora de la muerte, es la justicia de Dios. Se acerca el momento de la partida y es preciso comparecer ante un Juez inexo-

(1) Apocal. 12.

table que descubre manchas hasta en el sol, que penetra con su mirada hasta los senos mas recónditos del corazón, que tiene presentes hasta los mas leves pensamientos y deseos, y que ha de fallar con fallo inapelable sobre la suerte eterna de todos los nacidos. Figuraos que se acerca la muerte, que la veis acercarse con su rostro sañudo, con sus ojos de ira, con su brazo levantado para despedazar á su víctima; y quiera el Señor concederos en aquel instante supremo perfecto conocimiento, juicio cabal, uso espedito de las potencias del alma y de los sentidos corporales, un confesor celoso y caritativo, y todos los auxilios de la Religión: dicha grande que no todos alcanzan en aquellas horas de angustia; que á muchos se niega por justos juicios de Dios. Y aun lograda esta gracia de la misericordia infinita, ¿quién puede saber su porvenir? ¿Quién sabe si es digno de amor, ó de odio? Comparados ante el eterno Juez, ¿qué sentencia nos tocará? Será de salvacion, ó de condenacion? ¡Cruel incertidumbre! ¡Angustiosa situacion! ¿De dónde nos vendrá un rayo de luz que calme nuestras inquietudes y mitigue nuestras angustias? ¿Quién nos consolará en la noche de la muerte? Oid, estad atentos, y no temais:

Quando Dios fabricó la portentosa máquina del universo, densas y espantosas tinieblas reinaban sobre la faz del abismo; pero quando plugo ó su voluntad ordenar los elementos cósmicos, y dar á su obra la soberana belleza que extáticos contemplamos, hizo dos grandes luminaires; el sol, luminar mayor para que

presidiese al día, y la luna, luminar menor para que presidiese á la noche. Figuraos un pasajero que se extravía en medio de las tinieblas de la noche. Camina fatigado, rodeado de mil peligros, expuesto á perecer á mano de ladrones, devorado por las fieras, ó despeñado en un abismo. ¡Angustiosa situacion! Pero mira al cielo, y vé que se eleva sobre el horizonte la reina de la noche; su rostro se anima, sus ojos brillan de alegría, sus angustias cesan, y emprendiendo con nuevo brio su camino, llega felizmente al término suspirado.

La noche significa la muerte. Somos viajeros del tiempo y caminamos á la eternidad; pero viene la noche de la muerte con sus tinieblas, con sus peligros con sus angustias, con sus terrores. ¿Quién nos consolará en nuestra agonía? ¿Quién alumbrará nuestra alma osecurida y extraviada? ¿Quién nos librárá de caer en el abismo, ó de ser devorados por el dragon infernal, por el leon rugiente, por las fieras del averno? No temais, hermanos míos: Dios ha criado la luna para que presida á la noche. Dios crió á Maria para que nos asista en la noche de la muerte, y disipe con su argentina claridad nuestras tinieblas, y calme con su gracia nuestras inquietudes, y nos proteja con su poder para atravesar sin peligro los tenebrosos umbrales de la eternidad. Invocadla con fé, miradla con ojos de amor ardiente, llamadla con gritos de esperanza firmísima y se aparecerá en la noche de vuestra muerte mas hermosa y mas benéfica que la luna, como se apareció á tantos pecadores que la invocaron con devocion y se salvaron;

como se apareció á tantos devotos suyos que invocándola con amor, gozaron en sus últimos momentos de su dulcísima presencia y gustaron inefables consuelos; como se apareció á Santa Brigida, que entre otras revelaciones oyó de los lábios de la Señora estas palabras de inefable consuelo para los moribundos: Yo vendré á su morada, y estaré con ellos en la hora de su muerte, y velaré á la cabeza de su lecho de tal modo, que no les falten en su agonía gracias divinas y consuelos celestiales (1).

Z. M.

### El aprendiz de Santo.

Este ara un mozo de cordel de Roma, no mal cristiano, bastante infeliz, regular bebedor, y tan forzado, que podía tirar de un carro. Siempre de guardia en la esquina de la plaza, con su esportilla para lo que pudiera ocurrir á los parroquianos, la gente del barrio le conocía por el *Esportillero*.

No iba tan amenudo á la Iglesia, quizás, como debiera; pero un día entró, por ser la fiesta de Todos los Santos, determinado á rezar por el alma de su madre, que le había criado en el santo temor de Dios. Justamente un Sacerdote subió al púlpito mientras él rezaba: aquel Sacerdote era San Felipe de Neri.

El Santo habló de lo necesaria que nos es la santidad, y repitió diez veces, que «para morir santamente es preciso aprender á ser santo y vivir como santo.» El *Esportillero* se aprendió de memoria la

frasecilla, salió repitiéndola de la Iglesia, y no pudo olvidarla en todo el día: le asaltaba en la esquina, cuando caminaba con la carga, en sueños, y hasta en el banco de la taberna. *Para morir como santo, hay que aprender á ser santo y vivir como santo.*

Y cansado de tanto cavilar, se resolvió á ponerse de aprendiz del nuevo oficio, creyendo que no le tendría nada que envidiar al oficio de esportillero, y se fué á casa del predicador, que vivía en la casa del Oratorio.

Cuando se vió delante del predicador consabido, exclamó con sencillez:

—Mi amo, aquí vengo á ver si su merced me quiere enseñar el oficio de Santo.

—Le han engañado, amigo mio,—respondió aquél: todavía no soy santo, sino pobre pecador.

—¿Pues no es su merced D. Felipe de Neri?

—Eso sí es verdad, me llamo Felipe de Neri.

—Entonces es vuestra merced el hombre santo que yo digo. ¿Qué hay que hacer para serlo?

San Felipe meditó un instante, conmovido de tanto candor, consultó al Señor, y mirándole cariñosamente, le dijo:

—Dime, buen amigo: ¿sabes leer?

—De corrido, de corrido, no Señor, como aquel que dice, pero con algunos tropezones ya calo lo que está escrito.

—Pues bien,—continuó el Santo, aqu tienes este libro: lee nada mas que cuatro renglones, trata de aprenderlos bien, y vuelve dentro de ocho días.

—Y con eso saldré oficial?

—Si los practicas bien, creo que sí.

(1) Revel. S. Birg. lib. 1, cap. 19.

—Corriente. Hasta la vista y gracias. A los ocho días vuelve el Esportillero.

—¡Hola, amigo! ¿Aprendiste los cuatro renglones?—le pregunta el Santo.

—¡Aprenderlos, aprenderlos! La dificultad no está en aprenderlos, contestó el buen *Esportillero*.

—¿Pues en qué?

—Toma, en hacer lo que mandan. Por saberlos, bien de corrido que me los sé. Oiga su merced y verá: «Amarás á tu Dios, le adorarás con reverencia y perderás todas las cosas antes que ofenderle. No jurarás en vano su Santo Nombre, ni blasfemarás. Santificarás las fiestas, oírás misa entera...»

—Está bien, hombre, tienes buena memoria...

—Lo que es por memoria... «No harás daño al prójimo, ni te achisparás, ni...»

—Basta, basta y... al grano. ¿Has hecho lo que mandan esos cuatro renglones?

—¡Ay señor! Me costaba cada día mas que arrancarme una muela, pero al fin y al cabo, lo he hecho como lo reza el libro.

—Hombre, bueno. Para ser aprendiz bien empiezas; como sigas así, arremediando con lo que el libro dice, te armas y sales un buen oficial, Dios mediante.

—Lo que es por mí no quedará.

—Ea, pues, échate al colete estos otros cuatro rengloncitos, y hasta dentro de ocho días. Vamos, valor y confianza en el Señor.

A los ocho días ya no vino el Esportillero. San Felipe empezó á inquietarse,

y á rogar á Dios por aquel bendito y sencillo ganapan.

Pasaron ocho días mas, y luego quince y el mozo de cordel no parecía. San Felipe, que le habia cobrado aficion, no esperaba volver á verlo mas. «En medio de todo, pensaba el santo, el pobre empezó bien, pero sin duda se ha acobardado, y echado á pasear el libro, los cuatro renglones y el oficio nuevo, que tiene cuatro bemoles.»

De repente escucha pasos estrepitosos en el corredor, como si pasara un carro, y oye que llaman á su puerta.

Era el Esportillero, pero el santo no le conoció al principio. Arrastraba su cuerpo trabajosamente apoyado en un palo, y llevaba debajo de la barba un pañuelo de yerbas anudado en lo alto del cogote. Sobre el pañuelo asomaban los carrillos amarotados, heridos, cicatrizados. En la nariz lucia dos ó tres chirlos, y su frente era toda un conclave de cardenales.

—¿Qué te ha pasado, hijo mio,—exclamo San Felipe, asustado, y quién te ha puesto así?

¡Vaya! Vuestra merced, como el que dice: el caso es muy sencillo. Iba yo cargado con mi esportilla por la calle de Albano, cuando héte aquí que encuentro de frente un coche con dos caballos. Los animales, al ver mi esportilla cargada, se espantan, se encabritan y dan al traste con el carruaje. Un señorito que guiaba, se levanta, se encara conmigo, y furioso, me derriba con carga y todo, me revuelca en el barro, y me apalea durante diez minutos. ¡Ah, señor! Aquel caballero era para mí un alfeñique, y si yo hubiera querido agarrarle por la pre-

tina, le hubiera podido aplastar de un escorron, como se quiebra un mal cacharro contra las piedras. Aquí están mis puños, que no me dejarán mentir, y que mas de una vez han levantado en vilo una carga de cebada. ¿Tenia yo la culpa de que mi esportilla hubiese esantado á sus caballos? ¿No gano yo mi vida con la esportilla? Tentaciones me dieron de acogerlo, pero acordéme de los cuatro renglones, que iba yo repitiendo: «No volverás mal por mal, haz bien á tus enemigos, pon la mejilla derecha si te pegan en la izquierda» y tragué saliva. No tuve que ponerle la mejilla, porque él me las buscó, y me las puso hinchadas como un pan. Calléme, señor, como un mudo, y recogí la carga cuando el otro se partió. ¿Hé cumplido con lo que el libro reza? Corrijame la plana, mi amo, si he faltado, que no he podido venir antes, porque ahora mesmo salgo del Santo Hospital, donde me he estado curando tres semanas.»

San Felipe, enternecido, admirado de tanto heroismo unido á tanta simplicidad, abrazó con lágrimas en los ojos al Esportillero, le ofreció curarle, y le propuso que se quedara en su compañía, para ser religioso como él, con lo cual acabaria de aprender el oficio de santo.

El Esportillero lleno de agradecimiento se echó á llorar, y se arrodilló á los piés de San Felipe, espantado de aquella proposicion de que se creía indigno. Aquellos dos hombres, el maestro y el aprendiz, no se separaron mas.

El Esportillero llegó á ser lego del Oratorio, y edificaba á todos por su humildad, su obediencia y su fervor.

Habia querido aprender el oficio de Santo, y Dios le habia facilitado el camino. A los veinte años de religion murió rico de obras buenas y en olor de santidad.

— — —  
¡DETENTE!

¡EL CORAZON DE JESÚS ESTÁ CONMIGO!

—  
I.

Es la divisa generalmente estampada en imágenes, medallas y banderas; ¿quién inspiró estas palabras que dejan tanta fortaleza en el alma, y en el semblante tanta serenidad?

Dicen que fué una madre. Bendecia á su hijo que, postrado ante ella, iba á partir á defender á Pio IX; y animosa, aunque conmovida, le daba el último adios, cuando al colgar á su cuello una medalla del Sagrado Corazon, detúvose repentinamente temblorosa... ¡Una vision de sangre oscurecia sus ojos! Entonces, con acento inspirado, exclamó: *¡Detente! ¡El Corazon de Jesús está conmigo!*

¡DETENTE! ¡EL CORAZON DE JESÚS ESTÁ CONMIGO! Esta será mi divisa como soldado de Cristo, y la grabaré en mi pupitre y en el cuarto donde trabajo; y si la indolencia, la ociosidad, el amor propio ó la rebelion, se llegan á mi á tentarme, mis lábios la repetirán como voz de socorro y grito de combate.

¡DETENTE! ¡EL CORAZON DE JESÚS ESTÁ CONMIGO! Colocaré está enseña en el reclinatorio donde me arrodillo por las mañanas y las noches á rezar mis oraciones, ó cuando siento flaquear mi valor; y si el demonio viene á sugerirme

el hastío, é intenta nublar mi fé inspirándome pensamientos de confianza, retrocederá al leerla junto á mi Crucifijo.

¡DETENTE! ¡EL CORAZON DE JESÚS ESTÁ CONMIGO! Esculpiré este lema en mis vestidos, y lo colocaré junto al corazón; y si la sensualidad, el egoísmo, el odio ó la venganza quisiesen penetrar en este santuario de que solo Jesús es dueño, de esos vicios huirán amedrentados y confusos.

¡DETENTE! EL CORAZON DE JESUS ESTÁ CONMIGO! Escribiré esta empresa sobre la puerta de mi dormitorio, y si á favor de las tinieblas el demonio hiciese por introducirse, este título brillará como antaño brilló el nombre de *Dios* cuando San Miguel contuvo aquel espíritu rebelde!.....

¡Oh! ¡Cuán tranquila anda, cuán sosegada, cuán resuelta é invencible en los combates, cuán animosa y digna de merecimientos, el alma que se siente protegida por el Corazón de Jesús! ¡Porque el Corazón de Jesús es amor que vela, amor que defiende, amor que dá y amor que cura!

## II.

¡AMOR QUE VELA! El ojo del Señor es! á siempre abierto sobre el justo. Dios quiere ver cuanto sucede á su hijo, quiere oír todo lo que dicen de él, quiere estar presto á socorrerle en todo momento.

La mirada de Dios está siempre abierta sobre mí; me persigue, y no para espantarme: me sigue tranquila, dulce, amorosa, paternal, para alentarme, animarme, empujarme.

En medio de la muchedumbre que me olvida ó que me desprecia, siento que

no estoy abandonado, y esta última y profunda convicción me sostiene, me fortalece, me regocija.

En el silencio y en las sombras de la noche, comprendo que hay un rayo luminoso, que cae encima de mi alma y no la deja nunca abandonada al espanto de las tinieblas.

En el cumplimiento de mi deber, siento que hay cerca de mí, invisible á todos, pero visible á mi amor, *alguno* que me ayuda, me inspira, me anima, y solo me pide, en cambio de cuanto por mí hace, *fidelidad y aplicacion*.

¡Oh! ¡Si yo supiera amar, también sabría comprender mejor!

(Continuará.)

PEPITAS DE ORO (*Paillettes d'or*).

---

## Coleccion

DE

Sermones, homilias y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

También se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

---

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.